



Visita Pastoral en El Cerro

Nos acercamos al texto evangélico hoy proclamado explicitando como su trasfondo algunas palabras de Jesús referidas a Juan Bautista:- "Vino Juan, que no comía ni bebía, y dicen: Está endemoniado. Viene el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: Ahí tenéis un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores." (Mt 11, 18-19).

El claro contraste entre las formas de actuar de Juan y de Jesús provoca la extrañeza de los discípulos de Juan. Un día en que ellos y los fariseos hacían ayuno voluntario, no prescrito por la ley, vienen a preguntar a Jesús: "Los discípulos de Juan y los discípulos de los fariseos ayunan. ¿Por qué los tuyos no? "

La respuesta de Jesús a esta pregunta va a situar a sus interlocutores en un horizonte nuevo y distinto de aquel en que han surgido sus dudas. Jesús podría haberles respondido que él y sus discípulos cumplen fielmente las prescripciones de la ley sobre el ayuno; y que él mismo practica el ayuno voluntario. Buena constancia nos ha quedado de ello en los relatos evangélicos sobre el ayuno de Jesús en el desierto durante cuarenta días y cuarenta noches (Mt 4, 1-2; Mc 1, 13; Lc 4,2). Pero Jesús ayuna en espíritu y en verdad y, en consecuencia, nos ha indicado: "Tú, cuando ayunes, perfúmame la cabeza y lávate la cara, de modo que nadie note tu ayuno, excepto tu Padre, que está en lo escondido." (Mt 6, 17).

A la nueva forma y al nuevo tiempo de ayunar se va a referir la respuesta de Jesús, que, en forma simbólica, con la ayuda de comparaciones tomadas de la experiencia diaria, va a proclamar la absoluta y radical novedad del reino de Dios, cuya llegada anuncia Jesús y del cual se participa mediante la conversión y la fe en el Evangelio (Mt 4,17; Mc 1,15). A partir de una cuestión de moral práctica, Jesús nos va a conducir a una confesión de fe.

La primera comparación incluida en la respuesta de Jesús es la del banquete de bodas. ¿Es que pueden ayunar los amigos del novio, mientras el novio está con ellos? Hay en estas palabras una alusión a la costumbre de dispensar de ciertos deberes religiosos a los invitados a una boda, durante los siete días de los festejos nupciales, a fin de que la alegría no fuera interrumpida. En este contexto, el significado de las palabras de Jesús es obvio: Los discípulos están en situación de fiesta y gozo porque ha llegado el reino. La boda es símbolo del tiempo de la salvación. Según el lenguaje simbólico del Apocalipsis, las bodas del Cordero han llegado; resuenan los cánticos nupciales y no hay lugar para la tristeza (cf. Ap 19,7.9; 21,2.9;22517). :Y el esposo, que ahora está celebrando sus bodas, es el mismo Jesús. El dirige su palabra de amor a Israel, para sellar con el pueblo sacado de Egipto una alianza esponsal nueva, definitiva e indisoluble.



En una conocida parábola, Jesús se presenta a sí mismo como el hijo del rey, a cuyo banquete de bodas son invitadas numerosas personas. Unas de éstas rechazan la invitación, con la excusa de tener que ocuparse de otros asuntos, y otras llegan incluso a maltratar hasta la muerte a quienes les transmiten la invitación. Pero el rey hará llenar la sala del banquete de bodas de su hijo con pobres, lisiados, ciegos y cojos, y con cuantos, buenos y malos, fueron encontrados en los caminos y veredas. La única condición exigida a todos es que se vistan con el traje de boda (cf Mt 22,1-14; Lc 14, 15-24).

Aquel era el tiempo en que Jesús tenía que comer con publicanos y pecadores porque, como él mismo dirá, "no necesitan médico los sanos, sino los enfermos. Yo no he venido a llamar a justos, sino a pecadores " (Mc 2, 17), para que se conviertan y sean revestidos con el traje de bodas. Tal es la voluntad del Padre misericordioso respecto del hijo que vuelve a casa: "Traed, enseguida, el mejor vestido y ponédselo; ponedle también un anillo en la mano y sandalias en los pies " (Lc 15, 22).

La segunda comparación utilizada por Jesús explicita más la total novedad de la vestidura que nos convierte en comensales del banquete de bodas del Hijo de Dios: "Nadie le hecha un remiendo de paño sin remojar a un manto pasado; porque la pieza tira del manto, lo nuevo de lo viejo, y deja un roto peor".

Ahora el esposo ha sido llevado, pero nos ha trasladado con él a su propia vida en Dios. He aquí, a este propósito, el testimonio de San Pablo: "Efectivamente, todos vosotros sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo habéis sido revestidos" (Gal 3, 26-27). Ahora es para nosotros el tiempo de ayunar como Jesús en espíritu y en verdad, con vestidura nueva y con perfume de santidad

También el vino nuevo es símbolo del tiempo de la salvación y es un elemento propio del banquete de bodas del Hijo de Dios. Por ello, Jesús comenzó alegrando con vino nuevo a los comensales de la boda en Caná y, por fin, convirtió el vino en contenido esencial de su propio banquete pascual. Jesús bebió la copa de bendición de la cena pascual haciendo una referencia explícita a la futura consumación de su pascua en la plenitud del reino de Dios (Mt 26, 29; Mc 14, 25; Lc 22, 16.18); pero la radical novedad estuvo en que dio a beber a sus discípulos el vino nuevo como su propia sangre, de la nueva alianza, derramada por ellos y por todos los hombres para el perdón de los pecados (Mt 26, 28; Mc 14, 24; Lc 22, 20).

Este vino nuevo, que es la sangre de Cristo, no puede echarse en odres viejos; reclama odres nuevos y es el fruto de la nueva vid, que es Cristo mismo. Estas son sus palabras: "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece unido a mí..., produce mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada " (Jn 15, 5).

Aceptar en nuestra vida la novedad del reino de Dios, hecha expresión normativa en Jesucristo, es no conformarse con dar sentido a nuestro vivir a base de remiendos ideológicos o meramente éticos, que podríamos a nuestro arbitrio sustituir por otros



cosidos, más de moda en cada momento. Asumir el riesgo de la total novedad, para ser vino nuevo en odres nuevos, es confesar en la fe, y más allá de las apariencias, que Cristo es la forma exterior y el contenido más íntimo de nuestra vida; es decir, que yo puedo traslucir la imagen de Cristo al exterior, a través de mis juicios, palabras y actuaciones, porque, en expresión de S. Pablo, "es Cristo quien vive en mí" (Gal 2,20).

Dé ahí se sigue que el seguimiento, al que estamos llamados los discípulos, es más el fruto de la pervivencia del resucitado en nosotros que de nuestro exclusivo compromiso moral.

Nuestra libertad de hijos de Dios es la que procede del Espíritu Santo, regalado en la Pascua para la remisión de los pecados y la santificación, así como para cumplir la misión de ser testigos del evangelio. Nuestra libertad tiene como modelo la de Jesús, que tuvo como alimento hacer la voluntad del Padre (cf Jn 4, 34) y pasó por la vida haciendo el bien, porque el Espíritu de Dios estaba en él (Hch 10, 38).

Nuestro amor es el de Jesús, cuyo testamento os resumo en estas palabras: Amaos los unos a los otros como yo os he amado y he dado la vida por vosotros; sois los amigos a quienes he elegido y he enseñado a conocer al Padre. Como el Padre me ama, así os amo yo a vosotros; permaneced en mi amor y obedeced mis mandamientos. Así participaréis en mi gozo y vuestro gozo será completo. Para dar este fruto duradero os he destinado, y, para que se haga siempre realidad, el Padre os dará todo lo que pidáis en mi nombre (cf Jn 15, 9-16). Nuestra verdad es la de Jesús. Y me refiero ahora no a lo que estimamos verdadero ni a lo que hacemos con verdad, sino a la verdad que somos, es decir, al profundo secreto que nos habita, y al misterio o sacramento que es nuestra forma de estar y actuar en el mundo. "En realidad, como enseña el Concilio Vaticano II, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... Cristo... manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación " (GS 22).

En Jesucristo mismo está presente la radical novedad del reino de Dios para el hombre, porque él es Dios y Hombre en la unidad indisoluble de una única persona. Y en Jesucristo nos es regalada por Dios la plenitud del hombre, `porque - en expresión de San Pablo - es en Cristo hecho hombre en quien habita la plenitud de la divinidad, y en él, que es cabeza de todo..., habéis alcanzado vosotros la plenitud" (Col 2, 9.10).

La búsqueda de nuestra plenitud nos urge a volver siempre de nuevo nuestra mirada contemplativa al evangelio, que nos revela el misterio divino y humano de Jesús. Este evangelio del reino de Dios tiene como contenido central a Dios Padre y a su Hijo Jesús, pero también al hombre, llamado a participar de la misma relación de Jesús con el Padre.